ENSEÑANZA DE LA ARQUITECTURA

Querido Puig:

He leído con gran interés sus escritos. Buen trabajo y ambicioso en el mejor sentido; respetabilísimo. Pletórico de ideas. Pone el acento en la necesidad de "activismo" para el alumno, en vez de obligarle a una receptividad con tendencia a situación pasiva. Muy bien.

También las ideas respecto a la excesiva importancia asignados al dibujo y a la necesidad de ejercitarse en el diseño y en las obras parecen muy oportunas. Acertadísima la estructuración "verticalista", "por grupos" de la enseñanza, sustituyendo la actual "horizontalista", "por cursos".

Voy a evitar la discusión de mis ideas. Según una bastante larga experiencia no conduciría a resultados positivos: usted es exclusivamente "temporalista"; yo me considero, sobre todo, "eternista". Pero no puedo dejar sin mencionar una pequeña falta suya de atención intelectual. Coloca mis planes de enseñanza olvidando de mencionar su base de sustentación. Así, pueden parecer arbitrarios, y aun caprichosos. Yo trato de armonizar aquéllos con la realidad del desarrollo de la fise y de la sique humanas. Es precisamente tal fundamento el que habría que destruir. No puede colocarse al alumno de dieciocho años en la situación crítica del hombre maduro. Conviene irle dando el alimento cultural en su momento.

Sus planes son, en mi opinión, excelentes para la última parte de la enseñanza en la Escuela. Si así lo propusiera coincidiríamos. Le felicito cordialmente y le estimulo a proseguir.

VICTOR D'ORS.

Querido d'Ors:

Agradezco mucho su carta y los elogios que en ella se contienen respecto a mis artículos sobre posibles reformas de la enseñanza de la Arquitectura.

Lamento, únicamente, que desee evitar la discusión de sus ideas. Según mi corta experiencia, las discusiones siempre me han conducido a resultados positivos y que, gracias a ellas, he conseguido corregir o confirmar y superar mis criterios. Creo que todas las ideas son criticables y que la discusión es conveniente, sobre todo en el terreno didáctico que estamos abordando. Sirva de ejemplo esta discusión sobre las discusiones.

Me define usted como temporalista. Efectivamente el único "valor eterno" que reconozco es el de la capacidad humana de continua revisión de todos los otros valores.

Me acusa de una falta de atención intelectual al olvidar la base de sustentación de sus planes, que trata de armonizar con el desarrollo físico y psíquico del alumno. Este intento de armonización me parece muy elogiable, pero no veo nada en mis ideas que se oponga a esa dosificación formativa; por el contrario, en mi último artículo sobre la reforma de los modos de enseñanza de la Arquitectura, condensado en quince puntos, expongo estos conceptos en la sugerencia cuarta: "No adoptar una didáctica rígida, sino amoldarla en cada caso a cada alumno." En la quinta: "Graduar cuidadosamente las dificultades del alumno." Y en la doceava: "Procurar a todo alumno éxitos que eviten su desaliento."

Dice en su carta que "no puede colocarse al alumno de dieciocho años en la situación crítica del hombre maduro". Debo aclarar que la participación activa del alumno que propongo en la enseñanza de la Arquitectura es característica de todos los métodos de enseñanza eurística que, precisamente, han tenido mayor desarrollo no ya en las enseñanzas superiores, sino en la escuela primaria (desde los trabajos de Piaget y Métodos Montesori hasta los actuales de Cuisenaire y los ensayos revolucionarios del profesor Gattegno). El profesor Gattegno, por ejemplo, en una de sus últimas visitas a España, hizo demostraciones en el Colegio de la Paloma enseñando en la escuela primaria álgebra abstracta y teoría de conjuntos por el sistema de las regletas coloreadas, consiguiendo que los mismos niños dictasen las fórmulas y relaciones. Los éxitos obtenidos con estos sistemas han venido a demostrar que los campos de dificultad suelen ser menores en el alumno que en el hombre maduro educado al modo clásico y que en todo momento el alumno puede digerir cualquier clase de alimento cultural si se le ha suministrado con el método preciso.

Le repito que agradezco mucho su carta y sobre todo lo que en ella hay de crítica constructiva.

Aunque estoy contento de la buena acogida que han tenido mis trabajos, según tengo noticias, no me he visto libre de comentarios desfavorables que me gustaría se hicieran públicos, siguiendo su ejemplo, para poder responder adecuadamente.

Reciba un cordial abrazo de su compañero.

ROBERTO PUIG.